



EL USO DE LOS PREJUICIOS DEL TERAPEUTA: Método democrático en psicoterapia¹

José Manuel Pinto²
Madrid, España

El prejuicio es invisible para el sujeto. A veces, oscuro, como los agujeros negros del universo, y otras, transparente, imposible de ver de puro obvio y pegado a lo cotidiano. En cualquier caso, sólo aparece como tal, cuando es iluminado por la mirada del “otro diferente”. Por tanto, es un hecho de naturaleza esencialmente interpersonal.

En la clínica, también los prejuicios del terapeuta resultan invisibles hasta que no topan contra la “otredad” del paciente, y nos conducen a callejones sin salida. Para resolverlos, se propone un uso winnicottiano y relacional: comunicarlos y compartirlos con el paciente, y, destruirlos, en su carácter omnipotente de sentencias incuestionables, para que así puedan ser usados, tan sólo, en aquellos contextos en donde resulten adecuados. Esto se ejemplifica en dos casos clínicos y en una viñeta.

En la teoría, se recupera la tensión esencial entre el “saber y no saber” del método socrático, el principio de “falibilidad” defendido por los filósofos pragmáticos americanos –que concebían el valor de las ideas por su capacidad de ser revisables y adaptables a nuevos contextos- y la filosofía hermenéutica de Gadamer. Estas bases se aplican a la reformulación del nuevo concepto teórico de la terceridad. Por último, se amplía el contexto de análisis. Se aboga por una profundización del ideal democrático en nuestras instituciones psicoanalíticas, en contra de los restos del “prejuicio aristocrático” que generan relaciones de idealización, e inhiben el desarrollo de la creatividad, por ejemplo, mediante el abuso del recurso a argumentos de autoridad, en vez del uso de una lógica de consensos razonados.

Palabras clave: prejuicio, uso del objeto, terceridad, dualidad complementaria, dualidad democrática, ideal democrático, falibilidad.

Prejudice is invisible to the subject. Sometimes, dark, like the black holes of the universe, and other times, transparent, impossible to see for being so purely obvious and linked to daily life. In any case, it only appears like that when it is illuminated by the look of the “other different”. Therefore, it is a fact of essentially interpersonal nature.

In the clinic, the prejudices of the therapist also turn out to be invisible until they come up against the “otherness” of the patient, and they lead us to a dead end. In order to solve them, a winnicottian and relational use is proposed: to communicate them and share them with the patient, and, destroy them, in their omnipotent character of unquestionable sentences, so that in that way they can be used, only, in those contexts where they turn out to be adequate. This is exemplified in two case studies and in a vignette.

In theory, the essential tension between the “to know and not to know” of the socratic method is recuperated, the beginning of “fallibility” defended by the pragmatic Americans – who understood the value of ideas for their capacity of being revisable and adaptable to new contexts- and the hermeneutic philosophy of Gadamer. These bases are applied to the reformulation of the new theoretical concept of thirdness. Finally, the context of analysis is widened. An in depth study of the democratic ideal in our psychoanalytical institutions is advocated, against the remains of the “aristocratic prejudice” which generates relationships of idealization, and inhibits the development of creativity, for example, by means of the abuse of resorting to arguments of authority, instead of using a logic of reasoned out consensus.

Key Words: Prejudice, use of the object, thirdness, complementary duality, democratic duality, democratic ideal, fallibility.

English Title: Using the Therapist’s prejudices. Democratic method in psychotherapy

Cita bibliográfica / Reference citation:

Pinto, J.M. (2007). El uso de los prejuicios del terapeuta: método democrático en psicoterapia. *Clínica e Investigación Relacional*, 1 (1): 150-164.

[http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen11Junio2007/CeIR_V1N1_2007_9JM_Pinto/tabid/267/Default.aspx]

1. VIGENCIA DEL MÉTODO SOCRÁTICO

El reconocimiento y superación de los prejuicios tiene una larga historia que comienza en la filosofía de Sócrates y que llega hasta nosotros a través de los diálogos de Platón. Uno de ellos, que lleva por título *Laques*, ha sido objeto de reiterados análisis debido, por un lado, a la transparencia con que muestra el método socrático y, por otro, a la elección del tema tratado: la definición de la valentía, componente básico de la virtud o *areté* griega. En esta obra hay cuatro personajes además de Sócrates: dos padres preocupados por la educación de sus hijos, y dos famosos generales (*Laques* y *Nicias*) que conocen desde su propia vivencia la valentía, el tema que se debate.

Tanto en este diálogo como en los restantes de Platón, aparece una estructura lógica del método socrático compuesta por tres pasos sucesivos:

1. **Formalización de un concepto:** para *Laques* valentía es “no huir”.
2. **Reconocimiento de un prejuicio:** Sócrates recuerda la batalla de Platea en la que los griegos huyeron de los persas para desordenar sus líneas y cómo después, al darse la vuelta, consiguieron vencerles. *Nicias*, por su parte, diferencia la valentía de la temeridad.
3. **Reformulación del concepto:** entre los generales y Sócrates llegan a redefinir el valor como “una resistencia sensata”.

Esta estructura lógica puede repetirse tantas veces como se necesite, siempre que el concepto reformulado requiera nuevas revisiones. Vemos cómo se trata de un modelo “optimista” de pensamiento: es practicable por todo el mundo y nos enseña la utilidad de la razón para ir más allá de los prejuicios del sentido común (Botton, 2000).

Por otra parte, el diálogo es un drama con una estructura relacional bien definida. La pareja de padres espera recibir consejo de los expertos, los dos militares. Pero Sócrates va destruyendo ideas preconcebidas, y así, los que habían sido colocados en el lugar de peritos, se ven obligados a reconocer su ignorancia, su “no saber”. Una frustración y desencanto que impulsa a los generales a traspasar al filósofo el rol del experto. Finalmente, el diálogo termina con la proyección hacia Sócrates de una transferencia idealizada. Sin embargo, éste no se deja seducir por el halago: reconoce que él tampoco ha sabido responder a otras nuevas cuestiones y que también necesitaría buscar un profesor para sí mismo. Y mientras no llegue otro más sabio, propone mantener abierto el diálogo y continuar reflexionando todos juntos al día siguiente.

Por tanto, podemos también afirmar que la estructura relacional es pesimista y trágica: nos confronta con lo inacabado y necesariamente limitado de cualquiera de nuestros logros, con la desesperación por no poder escapar del territorio del “no saber”.

Ahora bien, ¿cómo se puede asumir esta trágica limitación y simultáneamente, ser optimista y confiar en nuestra capacidad de progreso? La respuesta sabia del filósofo consiste precisamente en evitar la disyuntiva entre los motivos de optimismo o pesimismo. Aquí reside, por lo tanto, la vigencia del pensamiento socrático en estos tiempos de revoluciones epistemológicas creativas y “ansiedad cartesiana”, al tener que admitirse que no existen bases incuestionables de nuestro conocimiento. Sócrates reconoce esta tragedia del ser humano: tener capacidad de aumentar el saber y, simultáneamente, darse cuenta de

que este conocimiento será siempre inacabado y superable. Sócrates nos enseña a convivir con esta tensión a la manera del espacio transicional de Winnicott o del logro de la terceridad de Benjamin. En contraposición a Hamlet, necesitamos aceptar **“saber y no saber”**: esa es la verdadera cuestión.

En una dirección opuesta a la de esta tensión esencial, la acomodación al prejuicio produce la calma de un saber rocoso, provinciano e incuestionable. Normalmente, el prejuicio no tiene conciencia de sí, no existe para el sujeto que lo porta. Resulta invisible, como la misteriosa materia oscura del universo, o por el contrario, transparente, por excesivamente cotidiano y obvio. Sólo emerge, a la luz de la mirada del “otro diferente”. Es, por tanto, un hecho de naturaleza esencialmente interpersonal.

Conceptualmente, se trata de un término transversal a todas las ciencias humanas: filosofía, sociología, psicología, antropología, historia, etc. Y que integra todas las funciones mentales: predisposición para la acción, sistemas de creencias y procesos cognitivos, y sólidos o intensos estados emocionales.

2. UN EJEMPLO DEL USO DE LOS PREJUICIOS DEL TERAPEUTA

Penélope, una atractiva y culta mujer de 35 años, empezó un tratamiento de psicoterapia tras un prolongado estado depresivo causado por la confluencia de varios factores. A pesar de contar con una carrera universitaria y cursos de postgrado, sólo había podido encadenar trabajos temporales inferiores a su nivel profesional, y tras un nuevo problema laboral, se vio obligada a regresar a la casa familiar, con el orgullo herido y la amargura de renunciar a la autonomía de años de vida independiente. Un regreso tanto más doloroso por verse abocada a revivir los antiguos conflictos familiares con unos padres autoritarios, incapaces de legitimar su mundo de experiencias. Además, la reciente ruptura con su última pareja la confrontaba a una cierta responsabilidad en el fracaso. Todas sus relaciones de pareja resultaron angustiantes por las dudas torturantes sobre la decisión de dar el “sí” o “no” definitivo a la hora de luchar de verdad por ellas. Había muchas idas y venidas, según estuvieran en primer plano o al fondo, sus necesidades de apego, o el deseo de recuperar la libertad y su espacio mental.

Al cabo de un año, emprendió una nueva relación con un hombre diferente de los anteriores, mucho más estable emocionalmente, que la hacía sentirse bastante confiada y tranquila, aunque también era distinto en un nuevo aspecto: tenía casi veinte años más que ella. Y entonces, curiosamente, era yo quien más dudaba. Me atragantaba una ambivalencia: por una parte, me parecía positivo el que fuera estableciendo una nueva relación de apego segura y, por otra, lo concebía como un atajo para resolver, de un plumazo, todas sus necesidades insatisfechas (una buena casa, conseguir un estatus adecuado a su edad, tener un hijo, etc).

Según pasaba el tiempo, mi bloqueo mental aumentaba por no poder “digerir” mi ambivalencia –que en parte era también la suya-. Y, al final, para poder salir del estancamiento, opté por compartir mis dudas, como recomiendan Safran y Muran (2000), y le dije a Penélope: “Creo que tengo un prejuicio contra esta nueva relación por la gran diferencia de edad. Por una parte, las relaciones que conozco de este tipo no suelen terminar bien. Aunque, también reconozco que se puede tratar de un prejuicio personal y que mi presentimiento podría no llegar a ocurrir”.

A partir de este momento se desatascó y reactivó el proceso de psicoterapia. Penélope entró en una larga primavera emocional: fue viviendo su nueva relación de forma más plácida y juguetona, mientras el nuevo amor se mostró coherente, entrañable y lleno de vida. Y el “centrifugado” de dudas torturantes fue dejado de lado y sustituido por una capacidad creciente de poner en juego sus necesidades en la relación.

En términos *winnicottianos* (1968), en este caso pudo lograrse el “uso de un objeto”: el prejuicio. Al formularlo y compartirlo, quedó destruido y dejó de funcionar como objeto omnipotente. Y a partir de ahí, pudo ser usado para ser rechazado o volverse a tomar en consideración como otra versión alternativa más.

Es importante advertir que no se hubiera conseguido el mismo resultado a partir del concepto clásico de “neutralidad”: si el prejuicio no se hubiera formulado ni compartido, el terapeuta habría luchado por encontrar una síntesis interior a su ambivalencia, sí, pero probablemente el resultado final hubiera sido una posición timorata que no hubiera ayudado a la paciente a poner en juego su relación de forma despreocupada, puesto que contribuiría subterráneamente a reforzar sus dudas.

En conclusión, cuando aceptamos la imposibilidad de que el terapeuta pueda alcanzar una posición incuestionable y neutral (Stolorow, Atwood y Orange, 1997), el objetivo de no caer en el escepticismo y aproximarse a mayores grados de verdad, pasa necesariamente, por la **apropiación selectiva de las propias opiniones y prejuicios**. O como afirma Gadamer (1986), “Es preciso percatarse de las propias prevenciones para que el texto mismo aparezca en su alteridad y haga valer su verdad contra la propia opinión”

3. LA TERCERIDAD: ANTÍDOTO CONTRA EL IMPASSE POR CONFRONTACIÓN

Para que la exposición resulte más didáctica, imaginemos una variante más exagerada del caso anterior. Pensemos en una Penélope de 20 años que comienza una relación con un hombre que le dobla en edad. Y que una vez que esto llega a ser conocido por la familia, apareciera un agrio y violento conflicto entre la madre y la hija, por la defensa de posturas antagónicas que se fueran radicalizando con el paso del tiempo. Cuanto más critica la madre la relación, más se enamora Penélope, más disfruta de sus encuentros amorosos prohibidos a consecuencia del “efecto Romeo y Julieta”. Paralelamente, cuanto más se prolonga el enamoramiento, tanto más se asusta la madre, y tanto más lo percibe todo como una auténtica locura.

Madre e hija estarían viviendo una situación de “complementariedad”, como ha sido brillantemente descrito por Benjamin (2004). Ante una misma situación se mantienen actitudes completamente antagónicas: o es un enamoramiento maravilloso o es una locura peligrosa. Benjamin describe estas estructuras complementarias como dependientes recíprocamente, a la manera de las relaciones de dominio y sometimiento. La alternativa es mantener la propia integridad y destruir el criterio del otro, o quedar destruido y someterse al otro: “o tú o yo”. Aron (2006) utiliza la metáfora del juego infantil del balancín para expresar la simetría subyacente a estos conflictos, en donde la posición de cada uno es la reacción inevitable a la acción coercitiva del otro. Si falta libertad de espacio mental, sólo existe la posibilidad de un movimiento unidimensional, desde un polo de una línea al polo opuesto, para luego regresar enseguida al punto de partida: o dominante o dominado, o activo o pasivo. Por ello, Benjamin concluye que analizar “cómo huir de la dualidad complementaria... constituye el desafío auténtico de la teoría intersubjetiva”.

Una tradición sensata para superar el *impasse* en el que se encuentran presas madre

e hija podría ser acudir a un tercero (el padre, el terapeuta, o cualquier otro) con el objetivo de que ejerciera el papel de mediador, de juez de paz. Sin embargo, se crearía un nuevo problema: ahora todo dependería de un tercer criterio que podría mantener el prejuicio de una forma más políticamente correcta. En tal caso, Penélope quedaría desconectada de sus sentimientos originales, y se deslegitimaría la apertura desprejuiciada a su nueva experiencia.

Benjamín (2004) acierta en su crítica a la anterior concepción de un tercero neutral y desapegado que, en realidad, sólo puede vivirse como un “invasor persecutorio”. Considera que, para que una persona pueda ejercer de tercero, ha de estar emocionalmente conectada a los dos miembros de la díada: ha de ser el otro al que la madre y la hija amen, respeten y compartan. Y propone, además, que el espacio del tercero ha de construirse ya en la relación dual: “La madre, o el cuidador primario, debe crear dicho espacio siendo capaz de mantener la tensión entre su subjetividad/deseo/conciencia y las necesidades del niño”.

Para ello, Benjamin ha creado un nuevo concepto, la **terceridad**, que define como un proceso de creación de espacio mental interior (como el espacio potencial de Winnicott), producido por la capacidad de **cesión** (Ghent, 1990), un dejarse “ir de uno mismo” para captar el punto de vista del otro. Aron ha desarrollado el concepto de terceridad como la capacidad práctica de identificarse con el lado opuesto de la dualidad complementaria, como superación de las posiciones encastilladas. Una especie de movimiento lateral que hace explotar la estrechez de los movimientos unidimensionales entre los extremos complementarios, y termina por abrir un espacio triangular. Este proceso de construcción de un tercero compartido implica la existencia de dos componentes simultáneos, a juicio de Benjamín (2004) y Aron (2006):

- El **tercero rítmico**, que surge del principio de acomodación mutua, como en la armonía creada por dos personas que bailan acompasándose la una a la otra y, ambas, a la vez, a la música.
- El **tercero moral o simbólico**, que crea un espacio para la diferenciación dentro de un clima de unidad. Un ejemplo sería la capacidad de contención de una madre con su bebé, que no implica solamente empatía, sino la capacidad de mantener un punto de vista diferente: saber que finalmente ese dolor terminará. Comportamiento que resulta más tranquilizador que la mera simetría exacta con los sentimientos del otro.

De vuelta al caso clínico, podemos ver cómo el uso de un tercero compartido desactivó el *impasse* provocado por los mutuos prejuicios. En una primera fase, Penélope alternaba algunos días en los que disfrutaba de su nueva relación con otros de dudas sin fin. Entonces, volvía al viejo esquema relacional del “**sí O no**”. Y paralelamente, yo me encontraba envuelto en la misma red. ¿Era perjudicial o beneficioso continuar en esa relación? Jugábamos a “hacer balance”. Un aspecto cualquiera parecía hacer vencer la balanza hacia el polo positivo, cuando poco después una nueva idea desequilibraba la posición previa, volcando el juicio al otro extremo complementario, y así sucesivamente.

En realidad, ambos estábamos buscando un tercero clásico: un juez neutral que sopesara las pruebas y dictara sentencia con la autoridad de un tribunal supremo. La paciente me revestía del poder de un científico con una sabiduría superior, que con su experiencia, habría de librarla del círculo vicioso mental. Y yo asumía este rol que parecía llegarme como una responsabilidad obvia, inexcusable.

El punto de inflexión se produjo al aceptar y compartir que, pese a todo, se podría tratar de ideas preconcebidas. El reconocimiento del “no saber” me libró del papel de juez. Y

al mismo tiempo, la paciente quedó liberada de ser juzgada y juzgarse continuamente.

De acuerdo con Benjamin, se creó un tercero compartido: paciente y terapeuta nos sintonizamos y acomodamos mutuamente, lo que contribuyó a facilitar el desarrollo de su relación (tercero rítmico). Y por otra parte, al destruir la omnipotencia del prejuicio, y la supuesta existencia de un tercero neutral y omnisapiente, nuestras diferencias ya podían ser usadas para pensar la parte negra de la relación según fuera apareciendo (tercero moral).

Con el paso del tiempo, fueron surgiendo, efectivamente, fallos de importancia y problemas nuevos en la relación, que volvían a reactivar las dudas primitivas sobre si merecería la pena continuar o dejarlo. Pero ya contábamos con dos patrones relacionales: el antiguo modelo del “sí o no”, y el nuevo del “**sí Y no**”. El uso del viejo modelo no le permitía poder dar un “sí” vigoroso, ni ponerse en juego completamente, al estar frenada por sus dudas y miedos. Pero paradójicamente, tampoco le dejaba comprometerse con un “no” rotundo, pues el equilibrio de la balanza cambiaba rápidamente y se transformaba en lo opuesto. El “no” de hoy llegaría a ser el “sí” de mañana, y viceversa. Por el contrario, asumir realmente la terceridad significa poderse identificar con los dos polos, también con la capacidad de optar por el “no” y romper la relación si fuera necesario.

4. LA LÓGICA APLASTANTE

Diana y Héctor, ambos rondando los cuarenta, solicitaron un tratamiento de pareja inmediatamente después de que quedara al descubierto una infidelidad del marido, un “bombazo” que había destartado la sosegada buena relación que habían mantenido durante muchos años. Por azar, Diana se topó con pruebas de relaciones sexuales de su marido con otra mujer. Y Héctor se vio obligado a confesar que le había sido infiel en tres ocasiones, tras haber visitado una página web de encuentros sexuales.

Durante una primera fase, Diana se encontraba muy angustiada. Su comportamiento oscilaba entre dos movimientos opuestos: unos días ansiaba volver a la **confianza ciega** que siempre había constituido el cimiento de su seguridad de pareja, y que se basaba en lo que ella denominaba la “lógica aplastante”. Partía de dos premisas: “Yo sé que no le voy a engañar” y “Él es igual que yo”, para concluir que, por tanto: “Él no me engañará nunca”. Por el contrario, otros días se sentía arrebatada por una **desconfianza total**, también basada en la lógica aplastante. Argumentaba Diana que si “él me ha engañado una vez” es señal de que “no le conozco en absoluto” y, por tanto, “puede engañarme en cualquier momento”. Cualquiera de los dos polos de la dualidad complementaria –confianza ciega o desconfianza total- eran extremos puros que se excluían entre sí, y conducían a un callejón sin salida.

Por mi parte, trataba de contener la angustia y combatir la lógica rígida de Diana. Mostraba cómo las premisas de base resultaron ser falsas: tanto la antigua –“Él es como yo”- como la actual –“No le conozco en absoluto”-. Mi objetivo era aplicar el remedio de la terceridad, y reconocer que el nuevo equilibrio de la pareja ya no podía residir en recuperar la ilusión de un confianza ciega. Sería necesario contener los dos estados opuestos del self y de la relación: la confianza y la desconfianza. De hecho, un cierto grado de desconfianza podría incluso ayudar a encontrar un reequilibrio menos idealizador.

Durante un tiempo, este medicamento ofreció efectos beneficiosos. Pero de pronto... surgió otro imprevisto. En un raptó de incredulidad radical, Diana husmeó en el ordenador de la oficina de Héctor, y se encontró con un nuevo “bombazo” que recrudesció gravemente la versión que hasta entonces manejábamos: resultó que Héctor había tenido muchísimas más relaciones sexuales y que, literalmente, había estado enganchado durante un año a

una página *web* de contenido sexual durante cinco o seis horas diarias. Y todo ello, sin que misteriosamente se resintiera su productividad laboral a los ojos del jefe.

Ahora resultaba evidente que la versión de la realidad descubierta por Diana era más certera, había alcanzado un mayor grado de verdad, que la que yo le había ofrecido anteriormente... Entonces, ¿dónde estuvo mi fallo? Desde luego, cabía esperar una realidad algo más negra que la que reconocía Héctor, pues estaba muy avergonzado y temeroso de perder su matrimonio. Pero era un hombre tan responsable, razonable y tímido, que no daba aparentemente el perfil de un comportamiento altamente disociado y adictivo. No obstante, parece evidente que en su momento me resultó más cómodo encontrar una tercera posición sintética, a partir de la imagen más amable de Héctor. Y que no me atreví a explorar el polo de la desconfianza, como sí hizo Diana valientemente. “Algo” de su lógica aplastante demostró los fallos de mi idealización de la terceridad, escorados hacia lo políticamente correcto.

5. EI PREJUICIO DE LA TERCERIDAD: LA SUBJETIVIDAD DEL TERCERO

La terceridad se ha construido como un concepto que arrebatara el monopolio del tercero clásico –el padre– como único medio de superación de lo imaginario, y de acceso exclusivo al mundo simbólico. Para ello, se ha reconocido que estos logros ya se dan en las relaciones duales madre-hijo. Benjamin (2004) concibe la terceridad como una **función**, y esto es positivo porque amplía enormemente su aplicación. Por ejemplo, a la hora de pensar estados del *self* confrontados en polaridades complementarias, y en el camino para salir de esta clase de *impasses*. Sin embargo, al abstraerse del tercero concreto, se olvida que siempre ejercemos esta función desde un lugar que es cuestionable, y que no podemos quedar ciegos ante **los efectos distorsionantes de la subjetividad del tercero**.

Por tanto, se necesita incorporar otro elemento al concepto de terceridad: la subjetividad, la posición del tercero, ya sea una tercera persona o un tercer lugar mental... Toda terceridad debe pensarse como un juicio de primera instancia, sobre el que cualquiera de las partes tiene el derecho de recurso y revisión.

Un reparo obvio al uso de este caso clínico, puede ser el hecho de que se establezcan conclusiones a partir del manejo de la primera versión distorsionada de Héctor. Y, por tanto, la función de terceridad quedaría manipulada al trabajar sobre datos parcialmente falsos. Me parece una crítica argumentada. Sin embargo, creo que, precisamente por manejar datos distorsionados, ofrece un modelo más general y complejo del problema de la terceridad. Inevitablemente, tendremos que trabajar sobre polaridades impuras, parciales, contaminadas por mecanismos de defensas y estados disociativos.

De vuelta al caso clínico, las nuevas revelaciones de infidelidad provocaron que la desconfianza sobre lo ocurrido en el pasado tocara fondo. Ahora, la desconfianza de Diana se proyectaba hacia el futuro, sobre la posibilidad de que se repitieran estas conductas, y que la separación fuera inevitable. Dependiendo del día, la situación encontraba un nuevo reequilibrio. Héctor se sentía como un caballero medieval intentando reconquistar a la dama de la torre del castillo. Unas veces era bien recibido, y otras, le llovían piedras y flechas. Por otra parte, la conducta controladora de Diana se incrementó: cada pocos días se convertía en una detective en busca de nuevas pruebas acusatorias en el teléfono móvil o en el ordenador del marido.

Para poner un poco de orden, les recomendé transformar la actividad de control impulsiva por un sistema de inspección, en donde ambos aceptarían una revisión del móvil y

del ordenador personal pero limitándolo a una frecuencia exclusivamente mensual. Al principio, a ambos les pareció una idea descabellada, un abuso del derecho de intimidad, y a mí casi también. Les argumenté que este derecho tiene unos límites: por ejemplo, a todos nos parecería bien hacer algún tipo de registro a un hijo que se droga y oculta su adicción. Se trataría, pues, de legitimar el derecho a realizar inspecciones periódicas, con el objetivo de recuperar la confianza perdida. Además, esta propuesta supondría una mejora respecto a la situación anterior de controles impulsivos, múltiples e indiscriminados: el límite de una sola inspección al mes también controlaría la necesidad de control.

Finalmente, lo pusieron en práctica y tuvo un buen efecto: les sosegó a ambos. Realmente, esta es una idea emergente del contexto común, que jamás se me hubiera ocurrido anteriormente, pero el coraje de Diana para vivir plenamente su desconfianza, y la sintonía con ella, me permitió pensar sobre nuevas bases. Por otra parte, se introducía una diferencia: la limitación a un mes, la “profesionalización” y transformación en rutina de esta inspección, de manera, que perdiera el carácter compulsivo inicial. En este caso vemos, pues, una nueva aplicación de la función de terceridad: un tercero rítmico que sintoniza con la necesidad de control y un tercero moral que afirma una diferencia y pone un orden consensuado.

Además, hay que añadir un tercer elemento importante: **la posición del tercero va cambiando**, va transformándose, a través de influencias recíprocas. En una primera fase, el terapeuta intenta mediar entre la confianza ciega idealizada y la desconfianza catastrofista. En una segunda fase, el lugar del tercero se descentra, gracias a la profundización de Diana en uno de los bandos de la dualidad, lo que indica que el polo de la desconfianza cambia de lugar. A partir de ahí, se crea una nueva dualidad entre el control impulsivo y el derecho de intimidad, así como la necesidad de encontrar otra tercera posición para establecer una nueva síntesis.

En conclusión, sostengo que el verdadero prejuicio de la terceridad reside en su conceptualización, con independencia de la posición, situación o contexto del tercero. Se ha definido el nuevo término de forma que pudiéramos liberarnos del asfixiante monopolio del tercero clásico, concretado en la figura del padre o del terapeuta. Esto ha resultado muy positivo: la interacción de los principios activos de la terceridad (sintonización y diferenciación) componen una medicina más refinada y eficaz para resolver la grave enfermedad del *impasse* por confrontación, el atasco sin fin entre subjetividades dispares y enfrentadas. Sin embargo, se ha eliminado y descorporeizado la posición del tercero. En realidad, el progreso debería ser un movimiento que supere el monopolio del tercero concretizado y clásico, para llegar a una pluralidad de terceros, o de terceras partes del *self*.

Siempre hay una tercera posición en la terceridad, que sirve como catalizador y anclaje de esta función. En el ejemplo de Benjamin del tercero rítmico, se trata de la vivencia del tipo de música al que se acomodan los bailarines. Y en el caso clínico anterior, sería, la idea prejuiciosa sobre la personalidad de Héctor. No puede olvidarse que la terceridad no se ejerce desde un lugar incuestionable, sino desde posiciones también subjetivas. Orange (2005) nos lo ha recordado: “Toda experiencia es interpretable en función de la perspectiva utilizada, nadie, ni ningún grupo puede tener más que un punto parcial sobre algo”. Esto es lógica aplastante, como diría Diana.

De esta forma, se coloca el problema de la terceridad en un contexto socrático, desde el cual pueda ser pensado como un proceso de revisión intersubjetiva, a medida que se superan las limitaciones de la subjetividad de “lo” tercero, y se reformulan las polaridades a

sintetizar.

6. DUALIDAD DEMOCRÁTICA: ANTÍDOTO CONTRA EL IMPASSE POR DISTANCIAMIENTO

Safran y Muran (2004) diferencian dos tipos de *impasse* en función de la motivación predominante. Consideran que en el *impasse* por “confrontación” domina la necesidad de autoafirmación sobre la de afiliación o apego, mientras que en el *impasse* por “distanciamento” ocurre lo contrario: se impone la necesidad de afiliación sobre el deseo de autonomía. Ya hemos comprobado cómo la terceridad es el mejor antídoto contra el *impasse* por confrontación. Sin embargo, no se obtienen los mismos efectos en el *impasse* por distanciamiento. Para ilustrar el problema, veamos una pequeña viñeta.

Después de varios años de psicoterapia personal con mi primer analista didáctico, un día le recomendé la lectura de un libro que me había fascinado, *Aprender del paciente* de Casement (1985), en donde este autor detecta y admite los errores del terapeuta y los usa a favor del desarrollo de la psicoterapia. A esta propuesta, mi analista respondió rápidamente: “Eso me lo paso yo por los *cojones*”. Desde luego, la respuesta me quedó clarísima. También me quedé mudo, perplejo y “chafado”. Pero entendí el mensaje: no era posible tratar abiertamente algunos problemas de nuestra relación.

Sin embargo, esta situación tuvo un coste. La normalidad aparente durante los dos años siguientes hasta el término de la psicoterapia, requirió llevar al trastero todo un amplio sector de mis vivencias, con tal de no perder su cariño, ni emborronar la gratitud por los logros conseguidos en el tratamiento. El resultado fue una experiencia de *impasse* por distanciamiento: el trastero estaba alejado y hacía frío.

En términos *winnicottianos*, no pude hacer uso del objeto porque no sobrevivió a mi iniciativa, y fue vivenciada como una destrucción de su valor de terapeuta. Ahora bien, se necesita algo más que sobrevivir: la capacidad para convivir en situaciones de disyunción intersubjetiva. Esto supone un marco de relaciones democráticas, en donde se legitime el valor de la genuina oposición mutua, como una tensión creadora de potenciales consensos o posiciones de terceridad.

Propongo denominar **dualidad democrática** a la resistencia sensata que nos permite aceptar situaciones de confrontación intersubjetiva. Una dualidad no complementaria, en donde el terapeuta facilite el disenso del paciente (Bollas, 1987), y se establezca una mutualidad (Aron, 1996) en la legitimación de una oposición constructiva.

Todo esto es obvio en el terreno del discurso social, pero resulta sutil y difícil de aplicar en la relación asimétrica de psicoterapia, en donde el terapeuta también requiere desempeñar el rol de autoridad (Hoffmann, 1998). Hay muchas posibilidades para que la dualidad creativa no prospere. En mi caso concreto, se podía atribuir a un patrón de relación que compartía con mi analista: la necesidad de idealización. A mi antiguo analista –muy brillante profesionalmente– le encantaba sentirse idolatrado, y funcionaba muy bien cuando hacía de madre, padre o profesor que cuida y enseña. Hacíamos una pareja excelente, pues he sido un experto idealizador. Ya venía perfectamente adiestrado, por mi entorno familiar, en el papel de admirador. Mi terapeuta quería ser Freud, y yo, no sé si más modesto o más práctico, me conformaba con ser como él.

Por tanto, observamos cómo los casos de *impasse* por distanciamiento se basan en situaciones de **conjunción intersubjetiva disfuncional** (Stolorow y Atwood, 1992), cuya

resolución implica la creación de una dualidad democrática que legitime las distancias entre paciente y terapeuta, en vez de la unión idealizada basada en un distanciamiento soterrado.

7. DEL PREJUICIO ARISTOCRÁTICO AL IDEAL DEMOCRÁTICO

Si ampliamos el contexto de análisis, podemos observar que, no sólo resulta frecuente el patrón de relaciones idealizadas dentro de nuestras familias psicoanalíticas de pertenencia, sino que se trata de uno de nuestros habituales modelos relacionales.

David Tuckett (1998), quien ha sido editor jefe del *International Journal of Psycho-Analysis* durante trece años, se ha quejado de la falta de creatividad de gran parte de los escritos que ha tenido que evaluar. Textos en los que falta una lógica de consensos razonados, y en los que abunda el recurso a los argumentos de autoridad, un “hacer valer” las ideas en la medida en que están en sintonía con las *escrituras bíblicas*: el texto freudiano.

Desde luego, esta adoración a Freud ya no está presente en esa forma extrema en los grupos no ortodoxos, que son la mayoría, y la libertad de pensamiento ha crecido enormemente en las últimas décadas. Un ejemplo de esta nueva situación lo constituyen los debates a través de Internet organizados por la *IARPP*, en donde hemos podido participar libremente un gran número de psicoanalistas de muchos países y que muestran un cambio espectacular. Además, hoy en día, hay una oferta amplia y variada de instituciones psicoanalíticas, un contexto pluralista que favorece la libertad de aprendizaje.

Sin embargo, considero que el abuso de argumentos de autoridad –ya sea la de Freud o la de cualquier gran teórico actual- sigue siendo todavía un síntoma de los restos de autoritarismo de las relaciones internas de nuestras familias psicoanalíticas de pertenencia. Así, dentro de mi generación ha sido frecuente crecer profesionalmente dentro de un ambiente psicoanalítico muy fragmentado, dominado por líderes “aristocráticos” que ejercían un control ideológico o de poder institucional sobre su grupo-territorio. De esta manera, las relaciones grupales se tejían con el hilo de la idealización y el respeto excesivo a la autoridad, como si cada grupo hubiera reproducido las características genéticas de la primera sociedad psicoanalítica. Utilizando un símil político, la primera sociedad fundada por Freud se gobernaba según un régimen monárquico, mientras que en las siguientes ha predominado un régimen aristocrático.

Me interesa especialmente mostrar cierta pervivencia de lo que puede denominarse el “prejuicio aristocrático”: el pensamiento que da por sentado lo inevitable y natural de estas estructuras institucionales, en oposición a otras formas de organización democráticas. Para ello, quizás sea conveniente volver a Freud, quien explicita el prejuicio antidemocrático de la forma más cruda. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud construye el origen de los grupos sociales fundamentándose en la teoría del jefe dictatorial de la horda primitiva, y reduce la alternativa democrática a una manifestación de envidia:

“El compañerismo, el espíritu de cuerpo, etc, **se derivan incontestablemente de la envidia primitiva**. Nadie debe querer sobresalir; todos deben ser y obtener lo mismo. La justicia social significa que nos rehusamos a nosotros mismos muchas cosas para que también los demás tengan que renunciar a ellas, o, lo que es lo mismo, no puedan reclamarlas. Esta reivindicación de igualdad es la raíz de la conciencia social...” (Freud, 1921; el resaltado es mio)

En primer lugar, puede pensarse que la envidia no siempre se traduce en un deseo de empequeñecimiento del otro. El pintor italiano Rafael envidió toda su vida la obra de Miguel Ángel y Leonardo, envidia que transformó en motivación de superación. En segundo lugar, la historia nos muestra muchos ejemplos en donde la conciencia social ha servido para aumentar los derechos de la mayoría, y no sólo para “rehusar a muchas cosas para que también los otros tengan que renunciar”. Podemos inferir que Freud estaba atrapado en una dualidad complementaria: o se apuesta por ser un mediocre que rehusará a muchas cosas por anteponer la pertenencia al grupo, o bien, se elegirá el camino del héroe, lo que equivale a vérselas con ataques envidiosos por todos lados.

Por el contrario, ahora que ya no creemos en una naturaleza humana inmutable y sabemos que la realidad es el producto de una construcción social, podemos combatir los restos del “prejuicio aristocrático”, contraponiéndolo con otra versión de la realidad: el ideal democrático. Para ello, no se me ocurre otra cosa mejor que recordar la “naturaleza” de este ideal: la Grecia clásica de Pericles.

La construcción de la democracia griega fue un lento proceso de varias generaciones, en el que se fue arrebatando a la aristocracia sus privilegios, para ir extendiéndolos al **demos** (etimológicamente, “la mitad inferior”). A excepción de las mujeres y esclavos, que carecían de derechos ciudadanos, nunca en la historia se ha vuelto a repetir una época y un lugar en los que se ejerciera un nivel tan alto de democracia directa y participativa. Y al contrario de los augurios de Freud, no desembocó en la mediocridad, sino en todo lo contrario: en el periodo de máximo esplendor de las artes y la filosofía.

El poder soberano residía en la “Asamblea” compuesta por la totalidad de los ciudadanos atenienses. Y para que el poder ejecutivo resultara más eficaz, un “Consejo” de entre 400 y 500 atenienses se reunían con mayor periodicidad. Al mismo tiempo, también la justicia estaba en manos del “demos” y tan sólo una pequeña parte de los casos, aquellos relativos a homicidios, iban a parar al “Areópago”, el tribunal compuesto en exclusiva por aristócratas. Y lo más importante: los ciudadanos que entraban por periodos anuales en el Consejo o en los tribunales populares, eran elegidos por sorteo. ¿Podemos imaginarnos un procedimiento con mayor confianza en la capacidad y responsabilidad del ciudadano medio?

Como señala Forrest (1978), una completa y categórica reivindicación del ideal democrático griego ha sido bien expresada en el discurso que Pericles pronunció en un funeral por los muertos de la primera batalla del Peloponeso:

“Tenemos una constitución que no envidia las leyes de nuestros vecinos; más somos ejemplo para otros que imitadores y esta constitución, administrada en beneficio de muchos, no de unos pocos, recibe el nombre de democracia. Nuestras leyes conceden iguales derechos a todos los hombres en sus disputas privadas... el mérito, no la clase social, es el que determina la reputación de una persona y tampoco la pobreza ni el ser poco conocido impiden a nadie aportar algo bueno a la ciudad. Nos gobernamos libremente tanto en público como en privado. No nos ofendemos ni nos resentimos si una persona hace lo que le apetece... Pero la libertad individual no implica el desgobierno. Un temor respetuoso nos enseña a obedecer a los magistrados y a las leyes...”

“Nos preocupamos tanto de los asuntos públicos como de los privados, gentes de muy distintos oficios juzgan con aptitud en los asuntos públicos; ciertamente somos los únicos que consideramos a quien no participa en ellos, no alguien sin ambición, sino inútil...”

“En resumen, afirmo que la ciudad entera es un ejemplo para toda Grecia y creo que cualquiera de nosotros puede tener una completa y la máxima flexibilidad en la mayoría de los aspectos... Y fue por una ciudad como ésta que otros hombres consideraron justo morir

en combate, para que no les fuera arrebatada y entre todos los que quedamos es natural que cada uno quiera morir por ella” (Tucídides II, 37-41).

8. FALIBILIDAD Y FACILIDAD DEL MÉTODO

Reforzar nuestro ideal democrático implica tener una guía en el horizonte que orienta la dirección del progreso. Para ello, el problema práctico es encontrar un camino razonable, posiciones de terceridad que nos liberen de la dualidad complementaria entre la utopía radical y el desengaño absoluto (Magris, 1999; Pinto, 2005). Nos encontramos que, en demasiadas ocasiones, los ideales se han transformado en motivos de conflicto. Quizás fuera bueno defender con las armas la democracia ateniense, pero ha resultado un gran error la visión en blanco y negro del gobierno americano, y la terquedad de exportar a la fuerza la “democracia” a Irak. El filósofo Bernstein analiza esta clase de pensamiento dicotómico en su reciente libro *El abuso del mal: una lógica del “amigo o enemigo”* que es convergente con las ideas de Benjamin (2004) sobre la dualidad complementaria.

Bernstein defiende la recuperación de los valores desarrollados por los filósofos pragmáticos americanos: James, Peirce, Dewey y Holmes. Recuerda este autor que todos ellos fueron grandes defensores de la profundización en la democracia, al tiempo que lucharon contra el dogmatismo, como consecuencia de una experiencia social común: la vivencia de la guerra civil americana, experiencia que les influyó decisivamente a la hora de construir una filosofía que trascendiera la mitificación de las propias opiniones. Creían que las ideas son herramientas para sobrevivir en el mundo y que dependen por completo de los contextos humanos concretos donde surgen: “las ideas son respuestas provisionarias a situaciones particulares, su supervivencia no depende de su inmutabilidad sino de su adaptabilidad”.

Bernstein califica de “ansiedad cartesiana” el no poder tolerar la falta de un punto de apoyo absolutamente seguro y cierto. Por el contrario, reivindica el **principio del falibilismo** de la filosofía pragmática, es decir, que nunca podrá tenerse la garantía de que cualquier creencia no requiera ser revisada: la idea de un conocimiento absoluto incorregible es un prejuicio peligroso. Y sin embargo, como en el caso de Sócrates, la aceptación de la falibilidad no convierte a estos pensadores en escépticos, sino en pragmáticos.

En paralelo con estas ideas, pienso que la capacidad de “usar” el prejuicio se basa en el principio de la falibilidad de nuestra capacidad de pensamiento: en la concepción de las teorías como provisionales y revisables.

Así, por ejemplo, me parecía indudable que las parejas con mucha diferencia de edad no podían funcionar bien pues estaban basadas en uniones parasitarias. El miembro más débil, poniendo en venta su juventud, obtendría del más fuerte aquello que debería lograr por sí mismo. Gracias a Penélope, quien no cayó en el peligro de una relación simbiótica, comprobé lo inadaptado de mis ideas preconcebidas. Si observaba a una pareja con diferencias de edad dentro del estándar social, aunque mantuvieran una relación desequilibrada entre lo que daba y recibía cada miembro, pensaba de antemano que la relación podría ser patológica, pero quizás viable, siempre que se solucionaran esos conflictos. Sin embargo, cuando la pareja comenzaba con diferencias de edad más allá de lo estándar, ya de entrada, me parecía inviable.

También se han tratado otros prejuicios: la idea de que la terceridad sea siempre el medicamento principal en todas las situaciones de *impasse*, la imposibilidad de legitimar un comportamiento controlador que traspasase los límites sociales habituales, la resistencia a

tratar públicamente sobre los errores del propio analista (aunque con la lógica protección a la intimidad) y la inercia autoritaria de algunas de nuestras instituciones psicoanalíticas.

El uso de los prejuicios del terapeuta requiere como paso previo la destrucción de estas ideas preconcebidas, de manera que el prejuicio se transforme en una versión más de la realidad y no en sentencia incuestionable. Una vez que cuestionamos que la justicia sea la elaboración de la envidia de manera “incontestable”, ya quedamos libres para utilizar esta idea en aquellos contextos donde pueda ser adecuada.

Freud creó el psicoanálisis gracias a la exploración de territorios situados más allá del sentido común. Concibió la mente humana como un sistema muy complejo e intrincado de motivaciones inconscientes que se contraponía a la concepción racional del hombre de su época.

Ahora bien, esta dificultad natural de nuestro campo de estudio se ha exagerado mucho por varias razones, y me interesa aquí destacar sólo una de ellas: la tradición de las instituciones psicoanalíticas, convertida en necesidad de sumergirse indefinidamente en el dominio exhaustivo de los textos y autores más renombrados. Entiendo que este hecho ha desalentado la creatividad de las nuevas generaciones, y constituye otra versión del prejuicio “aristocrático”. Y la consecuencia natural ha sido la postergación persistente de creación de nuevas teorías, ya que nunca se estaba seguro de haber dominado suficientemente la tradición, y lo que es más grave, se dudaba acerca del derecho a decir algo nuevo.

En oposición a este ambiente de aprendizaje, propongo la reivindicación de la “facilidad”, de la “frescura” como medio de alentar la creatividad de las nuevas generaciones de psicoterapeutas. ¿Por qué Sancho, un paciente de tan sólo 10 años, dibuja más rápido y expresivamente que yo?, ¿No tengo acaso una mejor técnica? Sencillamente, es más creativo en la medida en que vive el dibujo como algo fácil, natural. Frente a él, a mí me paraliza y acartona el ideal de aproximarme a un canon aprendido y respetado.

El análisis de los prejuicios es también un método natural y pausado de construcción de teoría. Desbastamos lo que sobra, modelamos una nueva forma, lo pulimos, y finalmente, obtenemos la escultura de una teoría. Se trata de un camino más popular y democrático que el que a veces, en nuestro trabajo, transitamos.

Como señala Bottom (2000), el método socrático puede aprenderse como una receta de cocina: tome Vd. una idea de su interés; observe una situación donde no encaje bien la formulación previa; y busque, por último, una nueva síntesis entre el prejuicio y la excepción. Ya está: acaba Vd. de cocinar una nueva reformulación teórica.

Quizás por estas razones, mis psicoanalistas favoritos sean Winnicott, Kohut, Bollas, Bettelheim, los intersubjetivistas y Mitchell. Todos ellos comparten una revalorización del sentido común. Winnicott antepone la facilitación del self genuino del paciente a la alimentación en base a nuestras teorías. Kohut coloca la empatía en el centro de su teoría y técnica, una cualidad popular de ponerse en el lugar del otro. Bollas (1987) recupera el valor de “lo sabido y no pensado”. Bettelheim (1994) concibe la psicoterapia como “el arte de lo obvio”. Stolorow, Atwood y Orange reintroducen la influencia obvia del contexto, y reformulan todos los conceptos clásicos en términos intersubjetivos. Y Mitchell (1993) reconoce que la práctica clínica es sentido común refinado, un ejercicio constante de ensayo y error.

Si por fin, destruimos este prejuicio, la gran dificultad de elaborar teorías, y la casi imposibilidad del oficio de terapeuta, quedaremos más libres para delimitar cuáles son los

contextos adecuados donde puedan ser aplicadas estas ideas, e igualmente reconocer la creciente complejidad de nuestro campo (interesantes descubrimientos de las neurociencias, impactantes investigaciones de las relaciones madre-bebé, fértiles teorías relacionales, etc.). Por el contrario, cuando sólo podemos definirnos por el polo de lo “difícil”, caemos, solapada, y defensivamente, en el complaciente rol de “expertos”. Entonces, corremos el peligro de taponar la bidireccionalidad de la relación entre paciente y terapeuta, o entre profesor y alumno. Y en el peor de los casos, podemos llegar a alcanzar dos de nuestros deseos más íntimos: *el paciente que nunca nos abandona, y el alumno eterno*.

En conclusión, desde una perspectiva más amplia, comprobamos que, cada vez que superamos la adhesión inquebrantable a una idea fija, damos un **giro democratizador** en la psicoterapia, ya sea en el tratamiento a un paciente, en la construcción de la teoría psicoanalítica, o en la convivencia dentro de nuestras instituciones. Ahora bien, destruir un prejuicio es un viaje al “otro”, un habitar la diferencia. En ocasiones, se trata de una experiencia turística agradable, cómoda, y enriquecedora, en donde las ideas se cambian de manera natural a través de la convivencia y el diálogo con el otro. Y en otras, aprender del paciente, dejar hablar al *demos*, ejercer el papel de oposición, evitar el abuso del recurso a los argumentos de autoridad, o combatir el prejuicio de lo difícil e intrincado de teorizar, pueden constituir toda una aventura en la que hay que poner en juego la virtud de la valentía en sentido socrático: el ejercicio de una resistencia inteligente.

REFERENCIAS

- Aron, L. (1996). *A meeting of minds*. New York: The Analytic Press
- Aron, L. (2006). Analytic impasse and the third: clinical implications of intersubjectivity theory. *Int. J. Psychoanal.* 87: 349-68.
- Benjamín, J. (1988). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamín, J. (2004). Más allá de la dualidad agente-paciente: una visión intersubjetiva del tercero. *Intersubjetivo*. Junio, nº 1, vol. 6.
- Bernstein, R. J. (2006). *El abuso del mal*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Bettelheim, B. y Rosenfeld, A. (1994). *El arte de lo obvio*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Bollas, C. (1987). *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.
- Botton, A. (2000). *Las consolaciones de la filosofía* Madrid: Ed. Punto de Lectura.
- Casement, P. (1985). *Aprender del paciente*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu,
- Forrest, W. G. (1978). *Los orígenes de la democracia griega*. Madrid: Ed. Akal.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas* Tomo VII, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gadamer, H-G. (1986). *Verdad y Método II*. Salamanca: Ed. Sígueme.
- Ghent, E. (1990). “Masochism, Submission, Surrender: Masochism as a Perversion of Surrender”. En *Relational Psychoanalysis. The emergence of a Tradition*. New York: The Analytic Press.
- Hoffman, I. Z. (1998). *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*. New York: The Analytic Press.
- Magris, C. (1999). *Utopía y desencanto*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Mitchell, S. (1993). *Hope and Dread in psicoanálisis*. New York: Basic Books.
- Orange, D. (2005). *El diálogo psicoanalítico relacional*. Pre-congreso de la IARPP en Roma.

- Pinto, J.M. (2005). Rumbos de navegación en psicoterapia. *Intersubjetivo* 7 (1).
- Platón "Laques" en *Diálogos I*. Madrid: Ed. Gredos.
- Safran, J. y Muran, J. C. (2004). *La alianza terapéutica*. Bilbao: Desclée de Brouwer. (orig. De 2000)
- Stolorow, R. y Atwood, G. (1992). *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder.
- Stolorow, R., Atwood, G. y Orange, D. (1997). *Working intersubjectively*. New York: The Analytic Press.
- Winnicott, D. W. (1968). Sobre el uso un objeto. *Obras Completas*- Tomo II. Barcelona: RBA.
- Tuckett, D. (1998). Towards Evaluating psychoanalytic papers the development of a common standard. *Int. J. Psychoanal.* , 79, 3, 432-448.

NOTAS

¹ Parte de este trabajo ha sido presentado en inglés en el Panel *Contributions of Latin-America and Spanish traditions on the use of the analyst's subjectivity in psychoanalysis and psychotherapy (New concepts rooted on oldest but vigorous models)* moderado por Ariel Liberman en la Conferencia 2007de IARPP, celebrado en Atenas, Grecia, el 7 de Julio 2007.

² **José Manuel Pinto** es Psicólogo Clínico, Psicoterapeuta Psicoanalítico. Miembro de IARPP, IARPP-España y del Instituto de Psicoterapia Relacional. Profesor estable del Programa intensivo en "Psicoterapia Psicoanalítica Relacional" organizado por Ágora Relacional y patrocinado por IARPP-España. Director del curso "Negociación en conflictos relacionales. A partir de la Psicoterapia Relacional Contemporánea. Dirección del autor: Dr. Esquerdo 20; 4º drcha. 28028 Madrid Correo electrónico: jmpintocampos@arrakis.es